



RELACION

de los varios sucesos de don Manuel de Contreras y doña Teresa de Rivera, en que se declara como don Manuel sacó á doña Teresa de un convento de la ciudad de Salamanca, y caminando para Córdoba fué muerto en Sierra-Morena por un hermano de doña Teresa.

PRIMERA PARTE.

En las ásperas montañas
de Guadalupe, que vuelvan
por el mundo sus noticias,
cuya intrincada aspereza
quiere competir al cielo
sus marañadas gueejas:
en este bronco desierto,
entre sus robles y breñas,
un pastor que ya dejaba
en su aprisco las ovejas,
y pasaba cuidadoso
á una aldea de allí cerca,

y para llegar mas presto
va por escusadas sendas,
cuando ya impensadamente
le aturden y amedrentan
unos ecos que con ayes
dan de algun presagio señas;
quedóse el pastor confuso,
y llegándose mas cerca
vió una hermosísima dama
que dudaba en su belleza,
si era Palas en el monte,
ó bien la diosa Minerva.

27-00-216

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHAEOLOGY
OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO

Era en extremo tan linda,
que si el mismo cielo ostenta
un sol para adornosuyo
acompañado de estrellas,
ella con sus dos mejillas,
dos soles consigo lleva,
dos diamantes con sus ojos
que brillan cual luces bellas.
Luce la luna en su frente,
su garzota una madeja
de oro, que á muchos hombres
pudo servir de cadena.
A orilla de sí tenía
una charpa de escopetas,
y un hombre muerto en sus brazos
cuyas heridas acerbadas
con la púrpura que vierten
manchan las flores y yerbas.
Estaba la triste dama
en sollozos muy deshecha,
y aunque el llanto en la hermosura
suele estragar la belleza,
tambien las lágrimas suelen
perfeccionarla mas bella.
Con lastimosos gemidos,
amorosa se lamenta
mirando al yerto consorte,
y dice con dulces quejas:
«noble dueño de mi vida,
amada y querida prenda,
imán de mi corazón,
de mi alma y mis potencias;
tú que has muerto por mi causa,
tambien es razon yo muera,
pues veo en tí, amado dueño,
la luz de mis ojos muerta;
veo quebrado el espejo
donde me miraba atenta,
veo ya el sol eclipsado,
pues de tu rostro se ahuyenta;
miro el clavel deshojado;
cuando yo aguardaba tierna
el descanso entre tus brazos,
hoy los míos manifiestan
ser solo un funesto antro

donde la muerte se hospeda.
Ya se acabaron mis gustos,
ya mis congojas se aumentan
ya llegó el fin de mis glorias,
y mis desdichas empiezan;
murieron mis esperanzas
y renacen mis tristezas.
¿Dónde hallaré yo consuelo
á tanto tropel de penas?
solo el morir es remedio.
Aves, animales, fieras,
sirva mi cuerpo de pasto
á vuestra ambicion hambrienta:
dividid mi cuerpo en trozos.
¡Oh muerte, cómo no llegas!
que á la que menos te teme
la maltratas con tu ausencia.
Tierra, ¿cómo no te abres?
que allá en tus entrañas densas
quiere verse sumergida
quien tanto morir desea.»
Estas palabras decia,
y entre sus brazos le aprieta,
mirábale el rostro helado,
é inclinada la cabeza
sobre el ya frio cadáver,
allí se quedó traspuesta.
Llegó á este tiempo el pastor
diciendo: señora, ca,
vuelve en tí, mira y repara,
que soy hombre, considera,
compasivo á tus dedichas,
que aquí á socorrerte llega.
Viendo que no le responde,
la toma con diligencia
en sus hombros, y á un convento
de monjes, que está allí cerca
la llevó, donde al prelado
con requisito la entrega,
y los padres religiosos
con muchísima presteza
la dan remedio y reparos,
y á muy pocas diligencias,
volvió en sí la hermosa dama
entre suspiros envuelta.

Todos á un tiempo la piden
que de la forma que pueda
les cuente su amarga historia,
que ya desean saberla.
Lanzando un nuevo suspiro
les respondió muy discreta:
no puedo negarme, padres,
siendo justa la obediencia,
á referir mi suceso,
si acaso el dolor me deja.
En la noble Salamanca
(esta es mi patria y mi tierra)
nací de muy nobles padres;
mi nombre propio es Teresa.
Apenas cumplí tres lustros
(aquí mi desdicha empieza)
murieron mi padre y mi madre,
Dios en el cielo los tenga.
Bajo el poder de un hermano
quedé y al instante intenta
el entrarme á religiosa,
y yo fui de esto contenta.
En este tiempo... ¡ay de mí!
un caballero... ¡qué pena!
galán discreto y bizarro,
que es don Manuel de Contreras,
á mi hermano le salvó
la vida en una pendencia,
y mi hermano agradecido
y atento á tanta fineza,
le llevó á mi casa; cuando
ha entrado por ella apenas,
él miróme y yo miréle;
amor disparó una flecha;
á un tiempo los dos quedamos
heridos de tal manera
en las coyundas de amor;
él preso y yo prisionera,
él cautivo y yo cautiva,
él resuelto y yo resuelta.
Creció nuestro amor, de suerte
que su ardor pasó á violencia,
pues reconoció mi hermano
de nuestro amor la terneza.
Quitó á don Manuel la entrada,

y á mí enojado me encierra;
valíme de una criada;
la cual una noche ordena
dar entrada á don Manuel,
y en mi mismo cuarto entra,
en ocasion que á mi hermano
el recelo no le deja
sosegar: se levantó,
y á mirar la casa empieza:
mas no fue tal su silencio
porque al abrir una puerta
le sentimos, y al momento
don Manuel con lijereza
quiso ausentarse, mas fue
pública su diligencia,
porque al salir á la calle,
la desgracia que lo ordena,
se disparó una pistola,
pregon fue de mi flaqueza.
Creció en mi hermano la furia,
reconociendo su afrenta,
de lo que fue sospechoso
sacó clara la evidencia;
de los cabellos me arrastra
llevado de su soberbia.
A la mañana siguiente
trató mi hermano ¡qué penal
de llevarme ¡qué pesar!
á un convento ¡qué tristeza!
violentada ¡qué tormento!
para quien el alma deja
en cautiverio amoroso:
pero como amor no cesa,
con papeles correspondo,
que nunca faltan terceras
para aquestas ocasiones;
y hallándome yo resuelta,
ordenamos que una noche
por las tapias de una puerta
del convento me sacase,
y logrando el verme fuera,
don Manuel que apercibido
de muchas armas, me espera,
y un caballo que á los vientos
imita en su lijereza.

Á las ancas me sentó,
 y á Córdoba la opulenta
 caminábamos, á donde
 tenía su parentela,
 con el intento en llegando,
 al obispo darle cuenta
 y lograr los esponsales;
 pero nuestra suerte adversa
 no quiso se nos lograra
 una pretension tan buena.
 A estas sierras llegamos
 en el rigor de la siesta:
 nos apeamos, y yo
 cansada de la molestia
 del camino, me quedé
 vencida al sueño, y apenas
 se suspenden mis sentidos,
 me ha entrado con vehemencia
 entre angustias un sueño
 tan pesado, de manera,
 que en su inhumano concepto
 fue su tirana influencia,
 que á mi amante daban muerte,
 traidores con inelencencia.
 Quiero dar voces, no puedo;
 quiero acudir, no me deja
 aqueste infame letargo,
 y entre congojas y penas,
 el corazón á pedazos
 quería salirse fuera
 del pecho, y la garganta
 ahogada, que no deja
 los conductos de la voz
 que se saliese á fuera:
 cansada de batallar
 ya el fatal sueño me deja;
 desperté toda turbada,
 y luego que fui despierta
 buscaba á un lado y á otro
 el imán de mis potencias;
 mas viendo que no lo halló,
 el alma quedó suspensa
 y el corazón traspasado,
 la sangre helada en las venas.
 Oí decir ¡ay de mí!

muerto soy, sin resistencia
 á vuestras traidoras manos;
 adios, amada Teresa,
 que ya de mi triste vida
 llegó la hora postrera!
 Acudí desesperada,
 llegué mas que viva, muerta,
 lo hallé envuelto entre su sangre
 manchando la tosca arena,
 y viendo yo tal desgracia
 le dije con grande pena:
 ¿quién fue el ingrato homicida
 que con tan fiera insolencia
 te ha puesto de esta suerte?

—Oye, mi desdicha es esta:
 al sueño tú te venciste
 y yo á esta fuente risueña
 vine por un poco de agua,
 y estando sentado en ella
 divertido en sus raudales,
 me acometen con violencia
 tu hermano y cuatro alevosos,
 y con tirana soberbia
 de heridas me han llenado,
 que ya por muerto me dejan.
 Tú del riesgo te libraste,
 pues no hicieron diligencia
 de buscarte, que unas voces
 que oyen, á huir los empuña.
 No siento mi muerte, no,
 solo siento que te quedas
 en aquesta soledad,
 acosada de las fieras,
 y pues me falta el aliento,
 que ya la muerte me espera,
 te pido que me perdones
 porque perdonada seas,
 que si yo merezco el verme
 en la Divina presencia
 de Dios, pediré por tí;
 que por su santa clemencia
 te saque de esta afliccion,
 y de todo libre seas,
 ya que no puedo ampararte,
 solo Dios te favorezca.

— 3 —
En esto espira en mis brazos,
y yo quedé con la pena
entregada al gran dolor
que mi desdicha me muestra.
Lo demás este pastor
podrá decir lo que queda;
solo pido se me dé
permiso, que en una cueva
de un tosco sayal vestida
me entre á hacer penitencia,
para pasar de mi vida
lo restante que me queda.
Se lo otorgaron, é hizo

las cristianas diligencias,
y en una lóbrega gruta;
toda al sentimiento hecha,
se entró, donde santamente,
en la virtud fue perfecta:
por el difunto enviaron,
y con solemnes exequias
sepultura le previenen.
Y aquí el humilde poeta
ofrece segunda parte,
porque el auditorio sepa
en lo que vino á parar
doña Teresa en la cueva.

SEGUNDA PARTE DE DOÑA TERESA DE RIVERA.

Dije en el primer romance
como se quedó metida
doña Teresa en la cueva,
del mismo Dios asistida,
despojada de sus galas,
de un tosco sayal vestida.
Ya de Dios arrebatada,
no quiso mas compañía
que un divino crucifijo,
calavera y disciplina;
un libro y una corona
de muy agudas espinas.
Siempre estaba en oracion,
ayunaba cada día,
y á la hora de comer
salía al campo y pacía
como bruto irracional
las yerbas que en él había,
sin compostura el cabello,
que de cuidarlo se olvida,
los ojos secos, sumidos
de llorar, y las mejillas
con lo remanente de ellas,
hechas canales tenía.
El rostro descolorido,

las espaldas muy heridas,
y de estar arrodillada
lagadas ambas rodillas,
Tanto era su fervor,
que su corazón se ardía
en fuego de amor divino,
llorando sus culpas mismas.
Ya del mundo no se acuerda
ni de sus vanas delicias,
que sus pensamientos todos
solamente en Dios tenía.
Tal era su penitencia,
tanto en la virtud camina,
que una Catalina en Roma
solo pudo competirla;
la Egiptiaca y Magdalena
que tanto en la Iglesia admiran
cuyas vidas penitentes
están en bronce escritas
ya Teresa en el dolor
y en el llanto las imita,
y ya el astuto demonio
lleno de mortal envidia,
trabaja por derribarla
de aquesta tan justa vida

y con diabólica traza,
para mejor persuadirla,
tomó el traje y semejanza
(¡lo que es la infernal envidia!)
de don Manuel de Contreras
que yace entre las cenizas,
aquel galán que Teresa
idolatraba algún día.

Al fin el dragón horrible
para la cueva camina,
llevando en su seguimiento
sus secuaces que le asistan:
llegó á la gruta en efecto,
que doña Teresa habita,
llamándola con su nombre,
dice estas palabras mismas:

¡Oh desgraciada Teresa!
¡cuán grande es tu desdicha,
pues naufragas en miserias
en lo mejor de tu vida!

Espejo en quien las virtudes
unas con otras se miran;
tú, tan ajada y tan deshecha,
¿cuándo tú tan abatida?

y yo de mí ¡desgraciado!
siempre adquiriendo noticias
por no saber dónde estabas,
hasta que la suerte mía
quiso traerme á la vista
de la prenda más querida
que mora en mi corazón
y en el alma se avocinda.

¿Quién eres tú, le responde,
que con tan tiernas caricias
me tratas sin conocerme?

—¿Pues qué no me conocías?
yo soy don Manuel, mi bien,
quien por tí tanto suspira,
quien blasonando de amarte
busca una joya perdida,
y con la gloria de hallarla
me prometo mil albricias;
que como el sol de tu rostro
es la luz que me ilumina,
no hallarla fuera mi muerte.

y hallándola tengo vida.

—No es posible seas quien dices,
y lo aseguro yo misma,
porque él en mis brazos tuvo
las últimas agonías;
en mis brazos espiró
por su desdicha y la mía,
mira si asegurar puedo
lo que mi fe acredita.

—Engañada estás, Teresa,
que aunque sin habla me veías,
no fui muerto, fue un desmayo
por la sangre que vertía;
y porque mejor te conste,
aquí las señales mira
de las heridas que tengo
curadas, sanas y fijas.

—¿Cómo tan presto sanaste?
bien la verdad averiguas.

—Un pastor que compasivo
acaso buscando iba
unas ovejas, hallóme
sin habla como veías:
me tomó y llevó á un lugar
que estaba de allí dos millas,
volví en mí, y bien curado
me ví en muy pocos días.

Fui á mi patria, y á mis padres
de todo les di noticias:
vuelvo á buscarte tan fino
y aun más que el primer día,
y mis padres cuidadosos,
con la casa prevenida
como á su dueño te esperan,
y así toda su familia.

Aquí traigo muchas galas,
las que quisieres aplica:
esto solo te está bien,
no dilates la partida.

—¡Ay don Manuel, que es tarde!

—¿Cuál es la causa, me digas?

—El voto de castidad
que á Dios hice con fe viva,
y ya el cumplirlo me es fuerza;
la consecuencia es precisa.

Respondió el demonio entonces:

escucha, Teresa mia,
¿no me diste voluntaria
palabra y mano tú misma
de casamiento?—Es verdad.

—Luego si tú con la mia
uniste tu voluntad
con dulces lazos uncida,
sábeta de que ya estamos
(segun las leyes divinas)
para con Dios desposados,
y sin que lo contradigan
hay nulidad en el voto;
que una mujer por sí misma,
sin licencia de su esposo
tal caso no determina.

Tú por muerto me tuviste,
pero teniendo yo vida
queda el voto irregular,
bien la esperiencia lo afirma.

—Esa es cuestion temeraria,
que primero es (cosa fija)
lo divino que lo humano,
dicen las leyes antiguas:
cumplir á Dios la palabra
porque en todo predomina,
y es primero este precepto;
y así á cumplir no me obliga
la palabra que te di
que en esto me certifica
el faltar las bendiciones,
que es el todo en que se cifran
las leyes del matrimonio,
y por esta causa misma
tengo ya hecho el dictámen
de pasar aquí mi vida,
sólo por servir á Dios.

—Teresa, ya tú deliras:
á Dios sirve, á Dios agrada
la mujer que con medida
á su marido le asiste
en la maridable vida:
si conmigo no te vienes
será tu alma perdida;
mira que injurias al Cielo,

y hasta al mismo Dios irritas,
á los ángeles y santos,
cuantos en la gloria habitan.

—¡Ay de mí! ya, don Manuel
me confieso convencida;
vuelve despues, que yo en tant
quiero un rato recogida
mirarlo bien, que despues
te daré la razon fija.

Con esto se entró en la cueva
llorando lágrimas vivas,
y tomando un crucifijo,
hincándose de rodillas
y con afectos del alma
estas palabras decia:

« A vos celestial Pastor,
vuelva esta oveja perdida
buscando vuestro rebaño,
pues sois autor de la vida.

Amorósísimo Padre,
esta pecadora hija
á vuestra clemencia apela,
y pues es tan infinita,
Señor, tu misericordia,
ampare esta desvalida.

Pequé, Señor, contra vos,
ciega, torpe, inadvertida:
sois justiciero y piadoso,
no queráis quede perdida
la sangre que por mí fue
en vuestra Pasion vertida.

Vuelve, Señor, á la vaina
la espada de tu Justicia,
y halle solo en vuestro amparo
consuelo es tanta fatiga;
dadme tu luz porque acierte
y no camine perdida.»

En esta oracion estaba,
cuando vió de que venia
hacia ella un caballero,
que color blanco vestia,
de un aspecto muy afable,
diciendo con melodía:
no tengas temor, Teresa,
que yo soy el alma misma

de don Manuel que por ti
goza en la Gloria dichas:
Dios oyó tu petición,
y asimismo Dios me envía
para que te desengañe.
Este que te persuadía
en mi traje, es el demonio
que con infernal codicia
quiere llevarte consigo
á sus cabernas ó simas;
vé al convento, y en él
haz las diligencias dignas
de cristiana y luego al punto
á tu cueva te retiras,
desfíndete de los lobos
de esa manada inicua,
y con esto queda en paz,
Dios te ayude, Dios te asista:
Apenas se apartó el alma
de este mundo á la otra vida,
el demonio que está hecho
un centinela de vista,
volvió á entrar segunda vez,
diciendo: Teresa mia,
este es el fiero demonio
que con maña discutiva
en sus sombrías tinieblas
quiere verte sumergida,
y ser mi espíritu finje,
que el mismo Dios le envía.
Díjole Teresa entonces:
luego tú, según te esplicas,
¿dices no eres el demonio?
Pues, líncate de rodillas

y pide misericordia
á este Señor que nos mira.
Dice el demonio bramando:
eso no, no lo permita
mi altiva soberbia, que
yo me avasalle ni rinda.
—Pues vete, infernal dragon,
á las brasas prevenidas
que por tu soberbia tienes
en el infierno adquiridas.
Desapareció el demonio
bramando como una hidra,
dejando todo el desierto
estremecido en sus iras.
Quedó Teresa en asombro
de lo que la sucedía,
y armada de su valor
para el convento camina,
confesó generalmente
y á la cueva se volvía.
Diez dias no se pasaron
cuando van á requerirla
cuatro ó cinco religiosos,
y la hallaron de rodillas
difunta, y todo aquel sitio
con fragancias transcendia.
Al convento la llevaron
con la decencia debida:
sepultura le previenen,
gloria á voces la prodigan.
Y Juan de Mendoza, humilde,
es razon que á todos pida
perdonen sus muchas faltas
que en estos romances cifra.

